

EL MISTERIO DE COVE CREST

5

J. F. BONNELL



COLECCION

Rastros

Long Island es el escenario del asesinato de un chantajista, de la ruptura de un matrimonio y del robo de una mina de esmeraldas sudamericana en la que varios de los invitados están interesados. Gente agradable y trama inteligente, pero evanescente.

EL MISTERIO DE COVE CREST

J. F. BONNELL

CAPÍTULO I

Existía cierta vacilación en la voz de Judith aquella mañana de ese miércoles que me llamó, día en que por primera vez oí el nombre de Nick Damatos. Reparé en la circunstancia, pero parecía tan irrazonable y, por consiguiente, tan falta de fundamento real, que no le presté mayor atención.

—¡Mike, querido! ¿Cómo estás? —La voz de Judith resonó un tanto chillona y aflautada, y daba la impresión de que la controlaba con cierto esfuerzo—. Nos agradaría a Jerry y a mí que vinieras a reunirse con nosotros el próximo fin de semana.

—Encantado —contesté yo—. ¿Sucede algo especial, o...?

—Mike, es que ¿acaso no sabes? ¿No te ha llamado Jerry? ¡Sam Stanton ha regresado!

Contesté negativamente. Jerry no me había llamado y traté de disimular cuánto lamentaba que no lo hubiese hecho. Solo tenía invertidos unos pocos miles en el negocio con ese Stanton, pero Jerry no ignoraba cuánto representaba para mí esa cantidad. Sin embargo, era raro que Jerry olvidara llamarme, y me sorprendió, en realidad, tal actitud. Enseguida pregunté:

—¿Cuál es la respuesta, Judith? ¿Nos enriquecemos todos?

—No sé, Mike —contestó ella, y al oírle pronunciar tan solo estas palabras, percibí en su voz que mi pregunta la había tomado desprevenida; enseguida agregó—: Jerry no ha... no me ha dicho nada al respecto.

—¿Ah, sí?

—Entonces, será hasta el fin de semana, Mike. ¿Serías tan bueno que quisieras traer en tu coche a un amigo mío?

—Con todo gusto.

—Se llama Nick Damatos. Yo lo llamaré y...

—Pasaré a buscarlo a su oficina.

—Él..., él no tiene oficina. Por lo menos, en este momento. Se cambia de oficina o algo por el estilo, y...

La telefonista había hecho sonar la campanilla y, por lo tanto, sabía que alguien me esperaba en el otro teléfono.

—Entonces, dile a Damatos que se encuentre conmigo en la Quinta Avenida y calle Cincuenta y cuatro, esquina noreste, a las cuatro y media. Tomaremos el puente de la calle Cincuenta y nueve.

—Gracias, Mike. Y si gustas, puedes traer a quien quieras.

Al pronunciar Judith estas últimas palabras, ya se encontraba más repuesta y su voz resonó casi natural.

—Sandra estará allí también, ¿no?

—Sí, también.

—Me basta con Sandra —dije yo.

Colgué el auricular y tomé el del otro teléfono que tenía en mi oficina. Era Jerry Harper. Este poseía una voz inexpressiva e impenetrable, tanto que aunque se le hubiera conocido toda la vida, era imposible deducir, por su voz, su estado de ánimo.

Jerry dijo:

—Mike, ¿te llamó Judith, respecto al próximo fin de semana? Hubiese querido llamarte antes, pero ocurre que he estado muy aturdido.

Contesté afirmativamente y enseguida le pregunté cuál era la causa de su aturdimiento.

—Dejémoslo para el fin de semana, Mike —contestó Jerry—. Y te agradeceré que me traigas todos mis papeles.

—Se trata de Stanton, ¿verdad?

—No, Mike; se trata de todo. Hay... hay algo más de lo que quiero hablarte.

Nos despedimos hasta el siguiente fin de semana y colgué. Tenía una infinidad de asuntos pendientes, pero no pude hacer otra cosa que ponerme a pensar sobre esta, por lo menos, extraña conducta de dos de mis mejores amigos.

* * *

Conozco a Judith y Sandra, su hermana menor, desde que ellas y yo éramos niños. A Jerry Harper lo conocía hacía siete años.

Había terminado mis estudios e ingresado al personal de la firma Parkside, Young & Vandome, una de las mejores firmas de abogados de la ciudad. Permanecí allí tres años, aprendiendo todo lo que pudiera servirme. Entre otras cosas, tuve a mi cargo la liquidación legal del negocio de Jerry Harper.

Este tenía mí misma edad y era hijo de P. J. Harper, quien, al morir, le había dejado una apreciable cantidad de dinero. Entre Jerry Harper y yo nació una simpática amistad, pero yo no me di cuenta de lo simpática que era hasta una noche hacia fines del tercer año. Esa noche me invitó a cenar, me extendió una serie de papeles con cifras y me expuso cómo podría yo solo hacerme de clientela. El anticipo que él me haría cubriría el alquiler y mis gastos.

Si se piensa que la mitad de los abogados en una gran ciudad no tienen ni un empleo, ni un cliente, ni diez dólares en el Banco, se comprenderá cuánto representaba para mí una oportunidad semejante. Jerry me dijo que yo podría pagarle cualquier día; y, por simple coincidencia, lo hice un mes después.

Fuimos a ver una película llamada «Muy pronto», y la muchacha que desempeñaba el segundo papel llamó la

atención de Jerry. La muchacha era Judith, la agresiva compañera de mi infancia.

Sin que sea necesario entrar en detalles, diré que dos meses después de que los presenté, Judith y Jerry ya estaban casados. Continúan casados y son tan felices que, en realidad forman el matrimonio más feliz de cuantos conozco. Los visito en la isla en que viven, de ocho a diez veces por año.

Una de las principales razones por las cuales me agrada ir a verlos, es Sandra, la hermana menor, que tenía una puntería infalible con las pelotas de barro. Sandra conquistó el corazón de mi madre y mi imperecedera gratitud, a causa de haberme asestado una de estas, húmeda y dura, justamente en el centro de un atroz disfraz de lord Fautle-roy, que yo tenía que usar; desde ese día amé a Sandra Kennedy.

La muchacha es alta, esbelta y encantadora; Judith y Jerry la idolatran y satisfacen todos sus gustos. Sandra posee crédito ilimitado en el Banco, y es frecuente encontrarla en la Florida en traje de baño, o pescando en Bimini, en Louise o en Banff, todo lo cual explicará muy bien por qué la adoración que le profesa Mike Powel no ha pasado de ser más que platónica. Sandra jamás traería a colación el tema del dinero, y, por amor, estaría dispuesta hasta vegetar como telefonista. Pero yo sabía a lo que ella estaba acostumbrada, y cuando recién se empieza a abrirse paso en el foro, se trata de no pensar en una muchacha de semejantes gustos para esposa... Pero no siempre logramos nuestro objeto.

* * *

No tuve tiempo para pensar en nada más hasta el mismo viernes, día que recordé a Damatos. Este nombre me daba la impresión de que pertenecía a un vendedor de tapices;

pero, de cualquier modo, no me lo imaginaba un digno amigo de Judith y Jerry. Empero, cuando, al viernes siguiente, detuve mi coche en la esquina noreste de la Quinta Avenida y calle Cincuenta y cuatro, no encontré al hombre que yo esperaba.

Dos hombres salieron aprisa de la puerta de un edificio y se dirigieron hacia mí. El primero que se aproximó era alto, de ademanes zalameros; llevaba sombrero de fieltro verde y el corte de su traje disimulaba su figura un tanto gruesa; usaba bigotes cortados de manera que su conjunto parecía una mancha negra. Mucho más que un personaje de la Quinta Avenida, parecía uno de los que frecuentan la Séptima Avenida.

—¿Mr. Powel? —murmuró, y sus dientes fulguraron—. Soy Nick Damatos. ¿Cómo está usted?

Damatos pronunció su nombre como quien hace su presentación de comerciante en tapices. Pero su nombre no tenía ningún significado para mí. Damatos seguía siendo un extraño, que Judith, por una u otra razón, había querido que yo llevase en mi coche.

—¿Cómo está usted? —dije yo.

Damatos se dirigió hacia el otro hombre, más bajo que él, y yo creí que era para despedirse. Pero, no fue así y exclamó:

—Ven, Walter. El señor Powel, el señor Iverson. —Había en su voz un aire de tranquila autoridad.

Iverson extendió su mano regordeta. Al estrecharla, la sentí floja y fría. Iverson murmuró: «¿Cómo está?» y yo contesté lo mismo. Damatos acondicionó dos valijas en la parrilla porta-equipajes, y él y su amigo se sentaron conmigo en los asientos delanteros.

Judith no había mencionado a Iverson, pero si Damatos era su convidado, este sabría a quién podía invitar, y esto no me incumbía. Hice las maniobras necesarias para poner el coche en movimiento y partimos.

Damatos se convirtió en maestro de ceremonias.

—Mucha amabilidad la suya el llevarnos en su coche —murmuró—. Cuando Judith llamó, no sabía cómo podría ir. Vea usted, mi coche está en reparación, y yo...

No me molesté en decirle que había trenes a Long Island y dije:

—Debe ser terriblemente molesto, especialmente para trasladarse a su oficina.

Le dirigí una rápida mirada y, antes que pudiera recombrarse, percibí en sus ojos una mirada nebulosa.

—Sí, naturalmente —contestó.

Iverson y él conversaron durante todo el recorrido; a Damatos le fluían fácilmente las palabras, mientras Iverson contestaba con gruñidos de acatamiento. Damatos me contó que ellos se dedicaban a negocios de productos químicos, pero me di cuenta de que eso era una mentira. Esa vacilación, acompañada de temor, que yo había percibido en la voz de Judith, me había inducido a averiguar en la guía comercial de la ciudad, y no figuraba ningún Damatos en el renglón químico. El negocio podría haber figurado a nombre de Iverson, pero esa posibilidad no cambió mi convicción de que el hombre mentía. Sin embargo, hubo un punto en la conversación, al cual más adelante, en varias ocasiones, debió retornar mi mente.

—¿Supongo que usted es un antiguo amigo del señor Harper? —preguntó Damatos.

No vi ningún mal en ello y por eso contesté:

—Soy el abogado de Jerry Harper.

—¡Ah! ¿El abogado del señor Harper? Entonces, Iverson, ¡tendremos que cuidarnos mucho de lo que hablemos!

Iverson contestó con una risita corta, que pareció querer reprimir.

Pero, no fue esta observación, pues cualquier abogado oye cosas más necias y más fatuas que esas todos los días, sino un no sé qué en la manera en que habló Damatos, junto con su casi imperceptible pronunciación del «señor», y el manifiesto hecho de que, con eso, algo quería dar a enten-

der a Iverson. Todo esto aumentó mi convicción de que este hombre no me agradaba en absoluto. Me pregunté dónde lo habría conocido Judith, y por qué habría trabado amistad con semejante hombre.

* * *

Llegamos, por fin, después de dos horas de viaje. La casa, que teníamos delante de nosotros, era grande, blanca y de bellas líneas. El sol declinaba, con maravillosos coloridos de luces y de sombras y todo el panorama se presentaba hermoso, como para infundir alegría, paz y expectación. Sandra estaría allí, y yo le hablaría acerca de la manera cómo quería invertir mis primeros dividendos de la operación Stanton.

Pero ese temor, traslucido en la voz de Judith y estos dos pájaros raros a quienes había traído en mi coche, habían consumido toda mi alegría y, en cambio, me habían comunicado un mal presentimiento.

Me detuve frente a la casa y Judith bajó corriendo a recibirnos.

—¡Mike, querido! —dijo ella, y me besó. Un beso no tan suave como corrientemente, pensé. Y enseguida se separó de mí y me dijo—: Muchas gracias, Mike, por haber traído a Nick.

Damatos había descendido del coche y nos observaba. Se adelantó e Iverson lo siguió, pisándole los talones como una sombra. Damatos era alto y corpulento y no creo que Judith lo distinguiera desde un principio. Yo la observaba atentamente.

Judith esbozó una sonrisa, y dijo:

—Nick, ¿cómo ha estado? ¡Cuánto me alegro que pudiese venir!

Le estreché la mano, y en ese momento Judith vio a Iverson. Un súbito destello atravesó rápidamente por su vis-

ta y su sonrisa se desvaneció como si alguien la hubiese interrumpido, pero solo por un instante.

Damatos dijo suavemente:

—He traído a un amigo, Judith. Sucede que el señor Iverson se encontraba en Nueva York, pasando unos días, solo. Y me imaginé que usted no tendría reparos en que lo trajese.

Nuevamente me percaté de esa serena sensación de seguridad y autoridad que desde un principio había advertido cuando Damatos habló a Iverson en Nueva York.

Judith lo interrumpió prontamente:

—Por supuesto que no. —Pero pensé que su sonrisa era un tanto insincera—. No lo habría perdonado si no lo hubiese traído, Nick. Walter, ¿cómo está usted? Me alegra verlo después de tantos años.

Me sorprendió, aunque no podría haber dicho por qué, que Judith conociera a Iverson. Desde que Damatos me lo presentó, había tenido la impresión de que Judith ignoraba su existencia. Sin embargo, Judith lo había llamado Walter, y yo, que había concentrado desde un comienzo toda mi atención en la escena que se desarrollaba delante de mí, sabía que Damatos no había mencionado su nombre de pila. Me irritó un poco, y seguí preguntándome cómo había llegado Judith a hacerse amiga de dos individuos que se dedicaban a negocios de productos químicos.

Dugan se encargó de guardar el coche, y Cecil bajó a hacerse cargo de nuestras valijas y a conducirnos a nuestros aposentos.

A mí me correspondió la habitación de costumbre, en el extremo noreste del segundo piso. Era una de las cinco habitaciones de ese lado del segundo piso, cada una con su correspondiente cuarto de baño; espaciosa, cuadrada, cómoda y tenía tres amplios ventanales, uno de los cuales daba frente a la playa, que se encontraba apenas a cien metros de allí.

Tenía yo ahora una preocupación más. La manera cómo el rostro de Judith se había alterado al ver a Iverson, y enseguida, súbitamente, había vuelto a su expresión normal. La manera cómo me había besado —no tan suave como de costumbre—, ¿era acaso solo producto de mi imaginación? Decidí admitir que lo del beso pudiese ser nada más que producto de mi imaginación; pero no era imaginario cómo había palidecido en el instante en que divisó a Walter Iverson.

Mientras me daba una rápida ducha y luego mientras me vestía, pensé en todo eso y no logré descifrar su significado. Enseguida bajé en busca de Sandra. Me imaginaba que Sandra podría despejar algunas de estas confusiones. Era esa una de las razones por qué quería verla. La otra razón era que siempre deseaba verla.

Sabía dónde la encontraría. Tenía un lugar favorito en el porche lateral, y fue allí donde me encaminé, movido de una inexplicable certeza de que a Judith la acosaba una inquietud; de que Jerry había estado aturdido; de ese intenso disgusto, que ahora ya casi se había transformado en odio hacia Damatos, y de esa sensación de tirantez, experimentada hacía pocos minutos cuando Judith había bajado a recibirlos, y le había dado ese vehemente e inusitado beso de bienvenida, y demostrado cierto, si bien instantáneo temor, en cuanto vio a Iverson.

En el piso bajo vi a Damatos mirando a todos lados. Yo exclamé: —«¡Hola!» —no queriendo significar cosa alguna con esta interjección, y seguí adelante. Me encaminé al porche lateral.

Allí estaba Sandra. Al principio, no se dio cuenta de mi aparición y durante un momento la contemplé, arrobado. Mi corazón palpitaba en forma tal que yo habría deseado dominarlo, pero no me obedecía. Estaba sentada en la baranda, tal como la había visto ya una docena de veces, balanceando sus piernas, largas y encantadoras. El sol despedía sus últimos rayos, que se estrellaban en su suave y ne-

gro cabello, pero no podían borrar el ceño que marcaba su frente. Fue eso lo primero en que reparé cuando se volvió y se bajó de su asiento.

Sandra dijo:

—Mike, vida mía, ¿cómo te va? —Me besó rápidamente y como si su espíritu se encontrase en otra parte—. Le he dicho a Cecil que nos sirva unos cocktails aquí; te vi manejando el coche, Mike. ¡Siéntate, por favor!

Recibí el beso, y dije:

—Me encuentro bien, gracias. ¿Y tú?

Me senté a su lado en la baranda y la observé que nuevamente se mecía como ya sabía que lo haría. Saqué mis cigarrillos y le ofrecí.

La observé atentamente, mientras ella hundió su rostro dentro de mis cálidas manos. Sandra estaba fresca, elegante, encantadora, seductora como siempre. Conservaba vestigios de quemadura de sol en sus suaves mejillas, pero bajo esa capa superior se apreciaba un color pálido. Cuando volvió a mirarme, sus ojos azules me sonrieron, pero en ellos advertí que Sandra estaba atemorizada. La mano en que sostenía el cigarrillo, temblaba un poquitín, y eso me bastó.

Dije rápidamente:

—¿Qué es lo que pasa, Sandra?

Miró ella súbitamente, como diciendo: «¿Cómo sabes?», pero no dijo nada. Fijó su vista en mí, y durante un momento pareció esperar, pero se volvió enseguida sin decir nada.

—Lo sentí —dije yo— desde el momento que Judith me llamó el miércoles. Y por el golpe de teléfono de Jerry, pidiéndome que trajera toda la documentación relacionada con él y sus negocios. Cuando hoy iba a encontrar a Damos y a Iverson, hasta ese momento, te diré, creí que estaba disparatando, pero cuando me encontré con ese par, me convencí de que mi sensación estaba bien fundada. He...

En ese mismo momento se acercaba Cecil con los cocktails. Cuando Sandra tomó su vaso, todavía le temblaba un poco la mano. Tomé el mío, observé a Cecil cuando se retiró, bebí un sorbo del cocktail y esperé que Sandra hablara. Pero esta permaneció impassible, arrastrando suavemente sus pies por debajo de la baranda y con la vista fija en los árboles a doscientos metros del sitio en que estábamos.

—Mike —dijo después de un largo rato—. Yo no quiero aprovecharme de nuestra... nuestra amistad. Aunque temas por mí al decirme lo que necesito saber, dímelo. ¿Quién es este hombre, Iverson?

—Yo no lo sé, Sandra.

—¡Mike, esto es algo importante! Si existe alguna cuestión de ética profesional o de algo por el estilo, dímelo, ¿quieres? Pero no nos ocultemos la verdad. Este asunto ha ido ya muy lejos para continuar simulando cortesía.

—Yo no lo conozco —dije nuevamente—. En realidad, hoy es la primera vez que lo he visto. Judith me llamó el miércoles, me invitó a que viniese a reunirme con ustedes el fin de semana y me pidió que trajese a Damatos. Cuando pasé a recogerlo, lo acompañaba Iverson. Este no ha pronunciado ni siquiera veinte palabras durante todo el viaje. Damatos habló con verdadero ingenio, y pareció interesarle el hecho de que yo fuese el abogado de Jerry; voluntariamente, me informó que Iverson y él se dedican a negocios de productos químicos, pero fuera de eso, yo no sé...

Sandra se dio vuelta hacia mí impulsivamente y me tomó la mano, asiéndola con fuerza.

—Lo siento, Mike. No he tenido la intención de..., de aprovecharme de tu amistad. Es que estoy tan terriblemente trastornada y sobreexcitada, que creo que mis nervios estallarán dentro de un momento.

También Sandra bebió su cocktail de un sorbo, y enseguida dijo:

—Sírveme otro, ¿quieres?

Pensé que ese era otro indicio: otro problema al que yo debía hacer frente. Sandra, bebiendo como una condenada un cocktail tras otro. Me puse de pie para llevarle la cockteler a Cecil. En esto vi que Jerry venía a nuestro encuentro.

Sandra dijo inmediatamente:

—¡No digas nada de esto a Jerry, Mike, por favor!

—¿Sobre qué?, pensé. ¿Sobre la cuestión que tú quieres saber quién es Iverson (y lo mismo yo) y me haces preguntas que no puedo contestar, y enseguida te excusas de habérmelas hecho?

Jerry se acercó a nosotros y, extendiéndome la mano, me dijo:

—¡Cuánto me alegro que pudieses venir, Mike! ¡Bajo varios aspectos! Necesitaré, probablemente, de todos los amigos que pueda reunir antes...

Se detuvo allí, esperó y dijo:

—Respecto a la operación Stanton, me parece que va a resultar mejor de lo que cualquiera de nosotros esperaba.

Jerry me hablaba a mí, pero miraba a Sandra. Esta no sabía mucho acerca de la operación Stanton, pero Jerry Harper sabía muy bien lo que significaba para mí, y Jerry que se había casado con Judith, pensaba en que yo también ingresaría en la familia.

Sandra, de un salto, se bajó de la baranda. Era esta una acción perfectamente natural, pero no pude dejar de desear que Jerry hubiese tardado unos minutos más. De esa manera, pensé, yo podría haber logrado algunas respuestas.

Sandra, dijo:

—Ustedes querrán hablar acerca de ese asunto. Nos veremos después en el comedor.

Las palabras de Sandra fueron sencillas, claras, directas; pero tras ellas, yo traduje lo siguiente: «Y después te veré a ti, Mike, y volveremos a hablar de esta cuestión, y trataremos de resolverla, tú y yo».